

EL HOMBRE-LA MUJER, EL SER HUMANO *TRABAJADOR*

30.- UNA SOLA CLASE

“Es necesario que los hombres y mujeres del pueblo sean siempre sectarios y fanáticos y no se entreguen jamás a la oligarquía. No puede haber, como dice la doctrina de Perón, más que una sola clase: los que trabajan. Es necesario que los pueblos impongan en el mundo entero esta verdad peronista. Los dirigentes sindicales y las mujeres que son pueblo puro no pueden, no deben entregarse jamás a la oligarquía. Yo no hago cuestión de clases. Yo no auspicio la lucha de clases, pero el dilema nuestro es muy claro: la oligarquía que nos explotó miles de años en el mundo tratará siempre de vencernos. Con ellos no nos entenderemos nunca, porque lo único que ellos quieren es lo único que nosotros no podremos darle jamás: nuestra libertad.

Para que no haya luchas de clases, yo no creo, como los comunistas, que sea necesario matar a todos los oligarcas del mundo. No, porque sería cosa de no acabar jamás, ya que una vez desaparecidos los de ahora tendríamos que empezar con nuestros hombres convertidos en oligarcas, en virtud de la ambición, de los honores, del dinero o del poder. El camino es convertir a todos los oligarcas del mundo: hacerlos pueblo, de nuestra clase y de nuestra raza. ¿Cómo? Haciéndolos trabajar para que integren la única clase que reconoce Perón: la de los hombres que trabajan. El trabajo es la gran tarea de los hombres, pero es la gran virtud. Cuando todos sean trabajadores, cuando todos vivan del propio trabajo y no del trabajo ajeno, seremos todos más buenos, más hermanos, y la oligarquía será un recuerdo amargo y doloroso para la humanidad. Pero, mientras tanto, lo fundamental es que los hombres del pueblo, los de la clase que trabaja, no se entreguen a la raza oligarca de los explotadores. Todo explotador es enemigo del pueblo. ¡La justicia exige que sea derrotado!” (Eva Perón, MI MENSAJE)

INTRODUCCIÓN.

Hemos visto en el tema anterior “el hombre-la mujer es una dignidad” los conceptos esenciales que sustenta la doctrina peronista sobre el hombre, el ser humano y su dignidad como destinatario de todo su accionar. Pero hago este trabajo para recalcar y resaltar que para el peronismo se trata del “hombre, el ser humano trabajador”.

El ser humano “trabajador,” con las características y especificaciones que a continuación se detallarán, es el destinatario primero y principal de todo lo que haga un político peronista kirchnerista.

Como siempre, Perón lo dirá de una forma más clara: *"La dignificación del trabajo y del **trabajador** es el punto de partida y de llegada del Justicialismo en el orden social".* (Perón, artículo publicado en "Mundo Peronista", noviembre 15 de 1951).

Para resaltar esta importancia que tienen el trabajo y el trabajador en el Peronismo he extraído de “Filosofía Peronista” y “Doctrina Peronista”, los textos que me parecieron más significativos para que los integrantes de nuestro Curso pudieran tener una visión más clara sobre el tema y poder comparar con lo que hoy estamos viviendo. La diferencia entre un gobierno donde el ser humano trabajador era el centro y destinatario de todas sus políticas (Perón-Evita-Néstor-Cristina) y el gobierno actual donde el dinero y sus detentores, las corporaciones nacionales e internacionales, son los destinatarios de las políticas. No trepidan en “arrasar” con todo lo humano.

Lic. Antonio Rougier

15-04-2016

LOS TRABAJADORES EN FILOSOFÍA PERONISTA.

El Movimiento Peronista, corriente nueva de lucha por la revisión justicialista de todas las relaciones sociales, inicia una nueva orientación filosófica en la que sin vacilaciones, se replantea el conjunto de los problemas que afectan al hombre de hoy, proponiendo las soluciones que más convengan a las necesidades e intereses populares.

El Justicialismo ha sido definido por su creador el General Perón, como "*...una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente Humanista*". (En Plaza de Mayo. octubre 17 de 1950. Verdad XIV del Peronismo).

Una sólida y realista filosofía de la vida integral del hombre de Pueblo, que lo abarca en la dinámica histórica --cargado de cadenas en el pasado, encendido en la lucha vindicadora en el presente e integralmente realizado en el futuro--; *filosofía de la vida total y autentica del hombre*.

De ahí que todo pensamiento humanista y verdaderamente cristiano, no pueda estar fuera de nuestra Doctrina que, por eso, ha logrado conglomerar una suma tal de voluntades que la han convertido en Doctrina Nacional, en programa de unidad nacional y en programa de unidad y reconciliación internacionales.

Esta Doctrina centra su preocupación en el hombre, en el hombre de Pueblo, en el trabajador, por ser un movimiento popular, de trabajadores.

De ahí que al Justicialismo, libre de prejuicios académicos, no sólo le interese conocer y analizar el pensamiento de los grandes filósofos, sino también rastrear en lo que sobre las cuestiones filosóficas pensaron los hombres de los sectores populares.

Esos pensamientos casi nunca alcanzaron ni una sistematización ni una difusión adecuadas, y si, en contados casos, llegaron a la sistematización, no lograron trascender, porque sus conceptos chocaban con los intereses creados.

La filosofía justicialista tiene bien presente que los problemas encarados por los filósofos profesionales adquieren características diferentes, de las que toman en la mente de los hombres de Pueblo. La filosofía profesional es, en general, abstrusa, unilateral, irreal, y "*muchas veces instrumento de engaños y divagaciones incontroladas*".

En los hombres de Pueblo la meditación, activa y práctica, se dedica a resolver los problemas de la lucha y del vivir cotidianos, resultando de ella enormes aportes al conocimiento objetivo de la sociedad y profundas enseñanzas sobre los grandes

problemas subjetivos. Estos son los elementos de su filosofar que adquiere, casi siempre, carácter marcadamente humanista y social.

La lucha directa y la meditación, a la par de ella, constituyen la fuente original de las grandes ideaciones.

Hay que admitir que es de la vida misma --pensamiento y acción-- del *trabajador*, de donde han surgido y surgen los conceptos fundamentales que impulsan a la humanidad.

Y aquí debemos establecer el alcance que damos a la palabra "*trabajador*". Lejos estamos de compartir el concepto sectario que sólo considera *trabajadores* a los que usan sus manos en la labor diaria. Nosotros consideramos "*trabajador*" a todo hombre que desarrolle una labor socialmente útil.

De ahí que sea tan "*trabajador*" el obrero que abre los cimientos de un edificio como el que hace los planos; el que cura un enfermo, como el que descubre el remedio salvador.

No importa en que trabaje el hombre; lo que interesa es que se desempeñe en una actividad que beneficie a la comunidad. Sólo entonces merece el honroso título de "*trabajador*".

Por otra parte, la aplicación de las ideas peronistas a la vida práctica va conduciendo, de manera creciente, a la desaparición de la odiosa división entre el trabajo físico y el trabajo intelectual.

El *trabajador*, que hasta ayer estaba condenado a extenuarse en el esfuerzo físico embrutecedor, hoy dispone de medios técnicos que alivian sus tareas, así como de recursos y estímulos para elevar su cultura, progresar en su oficio y convertirse en un hombre consciente y culto.

Y en lo que respecta a los llamados "*intelectuales*", también se produce hoy en la Argentina un cambio en su situación, ya que esta irrupción del Pueblo en todos los órdenes de la sociedad los obliga a salir de su enquistamiento, y entrar en contacto directo con los problemas verdaderos que plantea la realidad.

El "*intelectual*", sin dejar la zona específica de su actividad, va vigorizando su trabajo con aplicaciones prácticas, del mismo modo que el "*trabajador*" va enriqueciendo su inteligencia, gracias a los nuevos recursos de que dispone.

De este modo, el Peronismo, cumple una de las aspiraciones más nobles de los pensadores progresistas de todos los tiempos: la de suprimir la división entre el "*homo faber*" y el "*homo sapiens*", es decir, entre el *trabajador* manual y el intelectual. Dicho en otros términos, no quiere "*bestia de carga*" ni "*intelectual*" ocioso.

Los altos atributos de la condición humana se desarrollan en el hombre que trabaja con sentido altruista, no en el egoísta ni en el indolente que acepta cualquier forma de vida para sí, para su familia o para la comunidad. *Por eso el Justicialismo, que tiene como mira la realización integral del hombre, ve en el **trabajador** no sólo al principal propulsor del bienestar social, sino también al propulsor de todo progreso cultural.*

De ahí que nuestra Doctrina sea un himno al trabajo y a quien lo realiza, un arma de lucha contra la injusticia de que han sido víctimas los hombres y los Pueblos, a través de milenios; y, por consiguiente, una cruzada invencible contra la prédica interesada de los eternos deformadores de la verdad.

Los trabajadores en la filosofía peronista que es "Popular".

La Filosofía Peronista es popular porque se preocupa primordialmente del **trabajador**, que siempre fue dejado de lado por la filosofía y del conjunto de estos que constituyen lo que, despectivamente, se llamaba "*la masa popular*".

Una de las causas del fracaso de los sistemas en pugna es su despreocupación por la realidad del Pueblo, no sólo en el plano individual, sino también en el de la colectividad. Esto quiere decir que no sólo el hombre común aparece excluido de estos sistemas, sino también el Pueblo, cuyas necesidades y aspiraciones no cuentan para los individualistas ni para los colectivistas.

Para los primeros, porque librados cada uno a su propia suerte en la lucha implacable de todos contra todos, no hay nada común que permita hablar de Pueblo.

Lo único común es la competencia, que no une sino separa; cada individuo antepone sus propios intereses al de todos los demás.

Para los segundos, parecería a simple vista que el Pueblo ocupara el principal lugar. Sin embargo, no es así. Mediante la ficción de que la colectividad se encuentra fielmente representada por el Estado, en definitiva resulta ser éste el privilegiado.

En cambio, la Doctrina Justicialista, es popular:

a).- porque tiene al pueblo como objetivo supremo, y

b).- porque se le ofrece, verdadera y convincente, de modo que éste la adopta en un asentimiento espontáneo de su alma: por eso de su creador ha ido al Pueblo y del pueblo ha revertido muchas veces con una nueva expresión.

"Hemos hecho una doctrina que es para el Pueblo argentino, que está tomada del Pueblo argentino, no hemos inventado nada. Lo que el Pueblo quiere lo hemos traducido en una doctrina de carácter económico, político, social y cultural". (Perón, ante estudiantes brasileros, julio 19 de 1950).

Los trabajadores y la doctrina peronista que es "Profundamente humanista".

La Doctrina Justicialista está centrada en el hombre, al que considera como único fin y hacia el que se dirige toda su acción.

"Nuestra Doctrina es una Doctrina humanista; nosotros pensamos que no hay nada superior al hombre, y, en consecuencia, nuestra Doctrina se dedica al hombre individualmente considerado para hacer su felicidad, y al hombre colectivamente tomado para hacer la grandeza y la felicidad del país". (Perón, ante estudiante brasileros, julio 19 de 1950).

Se basa, pues, en el principio, también aceptado en cierto modo por las concepciones individualistas, de que nada hay superior al hombre.

Pero dichas concepciones, cuando se referían con tanto elogio al hombre lo hacían para señalar los méritos de los que pertenecían a su clase.

Su concepto no abarcaba al hombre de Pueblo, al **trabajador**; por el contrario, tanto los humanistas del pasado, como la élite culta de nuestra oligarquía, menospreciaban al hombre de Pueblo en términos brutales.

Por otra parte, la dinámica de su egoísmo los llevo a considerar al individuo aislado de la comunidad, a estudiar las posibilidades del hombre, como si el Robinson Crusoe fuera posible, cerrando los ojos a la realidad fundamental de su naturaleza social.

El Justicialismo, fiel a los conceptos que enaltecen la condición humana, saturado del más hondo sentimiento altruista, centra su ideología y su preocupación en el hombre de Pueblo, en los **trabajadores** --en el amplio alcance de este término-- reivindicando a los humildes de todas las naciones y proclamando la primacía en nuestro país de una sola clase, la clase de los que trabajan.

En medio de la aguda crisis total de valores que flagela a la humanidad contemporánea, el Justicialismo, haciendo una revisión popular y verdaderamente democrática de los valores vigentes, encuentra los elementos positivos para la estructuración de una corriente humanista popular.

Esta nueva corriente humanista abrirá las vías a la solución de problemas insolubles hasta hoy, de modo que donde otras doctrinas no ven más que ruinas, el Peronismo descubre los elementos para el advenimiento de *"un Renacimiento más luminoso todavía que el que subsigue a la crisis medieval, porque el nuestro cuenta con un hombre más libre y, por lo tanto, con una conciencia más capaz"*. (Perón, en la clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía, Mendoza, 9 de abril de 1949).

Los trabajadores y Platón.

Para Platón los **trabajadores** no pueden llegar al gobierno; todo lo contrario sucede con el Peronismo que, como movimiento auténticamente popular, lleva a los más

importantes cargos a hombres y mujeres humildes, siempre que acrediten condiciones y mantengan vivo el amor por la causa popular.

Los trabajadores y Los Gracos.

Cuando afirmamos que la nuestra es la filosofía de los *trabajadores*, que el nuestro es un humanismo popular, está implícito que no admitimos preferencias de unos *trabajadores* respecto de otros, como podrían ser los hombres de la ciudad respecto de los del campo. Para nosotros, tan *trabajador* es el que empuña el martillo como el que maneja el arado, el que maneja la pluma como el que empuña la espada, siempre que su intención y su acción estén al servicio de la comunidad.

Sin embargo, Perón ha dedicado muchos capítulos aparte para tratar, especialmente, los problemas que afligían a la mitad de los argentinos que viven y luchan en el campo. Sus palabras y hechos a favor de *los más humildes trabajadores agrarios*, los peones, lo atestiguan, así como toda su inmensa acción para satisfacer las necesidades y cumplir las aspiraciones del hombre de campo. Así, ha manifestado: *"no queremos hacer el proletariado campesino: queremos hacer agricultores felices, que vivan en la abundancia"*. (Perón ante Productores Agrarios, junio 11 de 1953).

Y su concepto fundamental sobre la materia, de que *"la tierra debe ser de quien la trabaja; no un bien de renta, sino un bien de trabajo"*, responde a las más caras aspiraciones de los labradores, aspiraciones por las cuales lucharon hasta la muerte dos ardientes defensores de la causa popular. Tiberio y Cayo Graco.

Hermanos de sangre y de ideal, tuvieron un papel decisivo en la lucha entre patricios y plebeyos, es decir, entre aristócratas y hombres de Pueblo.

Los trabajadores y los utópicos.

La desilusión en el poder liberador de la máquina, por la comprobación de que sus virtudes son malogradas por los propietarios de las mismas, abona el campo para el advenimiento de filosofías sociales que sustentan una base comunista, cuyo desarrollo es impulsado por la situación crítica que la voracidad de los capitalistas crea entre los *trabajadores*.

Ese es el fundamento histórico de la afirmación de Perón, de que la causa eficiente del comunismo es el capitalismo.

Los diversos hechos concretos denunciados por los *trabajadores* pasan como a un laboratorio a la mente de pensadores sociales, que los elaboran hasta llegar a constituir verdaderos sistemas, en los que demuestran de manera irrefutable la injusticia e insensatez de tales y cuales procedimientos, que por su repetición, resultan connaturales al orden social imperante; de aquí se pasa a la generalización, en la que se señala que lo malo no es un comerciante o un capitalista determinado, sino el régimen basado en el afán sin tasa de explotación. Por lo tanto, lo que hay que cambiar es el régimen social.

Como contrapartida de tales comprobaciones, estos creadores, algunos de ellos realmente geniales, idean nuevos sistemas sociales en los cuales no existe la explotación del hombre por el hombre, de modo que éste pueda vivir de acuerdo a su noble condición, en un ambiente de solidaridad, armonía y progreso.

Para nuestro estudio de filosofía social peronista es de gran interés conocer estos sueños de un mundo mejor, que germinaron en pensadores rebeldes al inicuo sistema social de su medio y que se agrupan bajo la denominación de "Los Utópicos".

Los yerros y divagaciones en que incurren no tendrán que hacemos ver únicamente sus debilidades, sino sobre todo su altruismo, su voluntad de hallar soluciones de fondo a los agudos problemas que han afligido a los hombres en el recorrido de su itinerario histórico.

De ahí que Eva Perón haya dicho que considera precursores de nuestra doctrina a todos aquellos hombres que han sido alentados por el ideal del bien común.

Por otra parte, teniendo en cuenta que muchas de las afirmaciones de estas aparentes quimeras han dejado de ser tales en la sociedad contemporánea, podemos recordar las palabras de Lamartine: *"Las utopías son, a menudo, verdades anticipadas a su tiempo"*.

Los trabajadores y el humanismo renacentista.

"El hombre se muestra en la realidad objetiva de las cosas y no en las consideraciones subjetivas de las teorías". (Perón, Conferencia Sobre el 2º Plan Quinquenal, enero 14 de 1953).

El *"Renacimiento"*, que comenzó en Italia y se extendió a Europa, es la cuna de un nuevo humanismo, que a siglos del humanismo griego, instaura una nueva concepción antropocéntrica.

El Renacimiento es actividad creadora, afán de gloria, culto de la individualidad, fe en la razón, en la naturaleza y sobre todo en el hombre, a quien, según Pico de la Mirándola, le es dado *"tener lo que desee, ser lo que quiere"*.

El hombre del Renacimiento es un hombre nuevo. En la Edad Media todo lo humano se centraba en Dios. En el Renacimiento el hombre quiere centrarse en sí mismo, no en Dios.

Si la tierra no era el centro del universo, como lo había demostrado Copérnico y más tarde Galileo, el hombre sí era el arquitecto de su propio destino.

Frente al *"macrocosmos"* de la naturaleza, hasta ayer inescrutable, se levanta el *"microcosmos"* del hombre, el pequeño mundo, en donde existen y actúan en dimensiones reducidas todas las fuerzas que se encuentran en el universo.

Observando la anatomía del hombre, revelarán la anatomía del universo; descubriendo las leyes de la fisiología, entraran en posesión de las leyes de la naturaleza.

Pero este concepto tan orgulloso sobre lo humano excluye al hombre de Pueblo; el humanismo renacentista no abarcaba a todos los hombres sino solamente a la clase de los privilegiados, que todo lo poseían a costa de la explotación embrutecedora de los *trabajadores*.

Todos justificaban la explotación del Pueblo, apelando al recurso de considerarlo de naturaleza inferior.

Así, Erasmo (1467-1536). el hombre más sabio del siglo XVI, el escritor más ingenioso del Renacimiento, autor del "Elogio de la Locura", habla del Pueblo en los términos más humillantes; lo llama "*bestia enorme y poderosa*", y afirma que "*es vil e indigno sentir como el pueblo*", y que toda revolución popular es impía.

Otro humanista, Maffeo Veggio, dice que "*los campesinos no participan de la naturaleza humana, sino más bien de la del buey*".

"*El Pueblo es como un pulpo; animal con muchos pies y sin cabeza*", sostiene Marsilio Ficino (1433-1499), maestro de los humanistas florentinos.

"*Quien dice Pueblo, dice loco, monstruo lleno de confusión y errores*", opina el humanista Guicciardini.

En general, todos los humanistas son ateos, se burlan de los dogmas de la Iglesia, pero proclaman la necesidad de la religión para sojuzgar al Pueblo, como Voltaire, Maquiavelo, Erasmo y otros.

Sostienen que la demostración es necesaria para los contemplativos, que saben gobernarse a sí mismos; la fe, en cambio, es necesaria al Pueblo, que debe ser gobernado.

Pero estos humanistas que, para conformar a sus señores más que por su propia convicción, hablan tan despreciativamente del Pueblo, son humillados y envilecidos por sus propios amos y así, por ejemplo, uno de ellos, Policiano, canta al caballo y al perro de Lorenzo de Médicis, de cuyos hijos era preceptor.

Es que en aquel 1500 muy pocos supieron mandar en su hambre; y estar bajo la protección de un poderoso significaba renunciar a la dignidad.

Alguien, muy representativo, declaraba: "*no tengo inclinación a arriesgar la vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio*" (Erasmo)

Es que aquellos señores de la inteligencia, que sustentaban la teoría del hombre liberado por la cultura, no eran más que espíritus esclavos de una época en la cual, como decía Vives, *"no se podía hablar ni callar sin peligro"*.

A pesar de lo que acabamos de ver, no fue pequeña la hazaña del hombre renacentista. De un mundo dividido en incontables pedazos por el feudalismo, ignorante de las leyes fundamentales de la naturaleza, después descubiertas y confirmadas por la ciencia; de un mundo cuya área conocida en cualquiera de los cuatro puntos cardinales no llegaba a ser un tercio de la actual; de ese mundo incipiente, el Renacimiento logró estructurar una articulación superior como fue su cultura, con la cual dio un enorme impulso al progreso de la humanidad.

Nadie podría negar con fundamento los inmensos aportes que en las diversas ramas de la ciencia significaron las teorías, descubrimientos, inventos y contribuciones de los sabios del Renacimiento.

Sin embargo, es visible lo estrecho de su concepción central, que estriba, desde nuestro punto de vista, en dos factores;

- a).- en su enfoque estrechamente materialista;
- b).- en su planteamiento manifiestamente antipopular.

a).- Referente a su enfoque estrechamente materialista, debemos decir que, al centrar su atención en la línea horizontal de los problemas humanos, en su exclusiva dimensión material, menospreció su línea vertical, su dimensión espiritual, su relación con Dios.

Con sagacidad y persistencia dignas de la capacidad de sus sabios representantes, el humanismo clásico trató de enfocar y resolver los problemas de un mundo sin Dios y de un hombre sin Dios, tentativa similar a la de quien quisiera resolver los problemas del mar y de los peces prescindiendo de las aguas.

b).- El humanismo renacentista no tenía en su centro a todos los hombres, sino a un grupo de ellos; pensaba, proyectaba y legislaba teniendo en cuenta sólo la situación e intereses del pequeño grupo.

Ahora bien, quitando de la sociedad *"la bestia enorme y poderosa que se llama Pueblo"*, quitando a *"ese monstruo lleno de confusiones y errores"*, que estaba excluido de este humanismo, ¿qué queda? Los enemigos del Pueblo, los enemigos del hombre, los vividores de la sociedad, es decir, una mínima parte de la población.

Este contenido antipopular está determinado por su concepción materialista del hombre. En efecto, al considerar al hombre como materia, como naturaleza y puesto que la mira principal estaba dirigida a dominar las fuerzas de la naturaleza, no había por qué trepidar en dominar al hombre mismo, ya que él era también naturaleza.

De esa lucha del hombre contra el hombre surge el más cerrado individualismo, "el vencer o morir" de la selección natural, la lucha brutal de la libre concurrencia, el expansionismo, el imperialismo, etc.

El hombre ya no será para el hombre un hermano, como en el cristianismo; todo lo contrario, cada hombre será como una flecha tendida en la dirección de su exclusivo interés.

Un "ilustrado" de esos tiempos podía considerarse hermano de otro "ilustrado", pero no de un obrero, pues éste no era hombre, pertenecía al Pueblo y el Pueblo, ya hemos visto, es bestia, monstruo, pulpo, buey, cualquier cosa, menos comunidad de hombres.

Por eso sostenemos que este humanismo que excluía a la mayoría de la población, en rigor sólo fue una ideología de clases privilegiadas opuesta a los intereses materiales y espirituales del Pueblo.

Los trabajadores y el humanismo peronista.

"Sobre la base de nuestro humanismo, la tarea de todos los que trabajan por el hombre se sentirá alentada por la visión del mundo mejor que nosotros auspiciamos". (Perón, en la clausura del IV Congreso Internacional de Cardiología, septiembre 5 de 1952).

El humanismo renacentista es esencialmente intelectual y especulativo; está separado de los problemas de la vida diaria del Pueblo.

Desde su torre de marfil estos humanistas se dedicaron a construir sistemas filosóficos sobre el hombre en general, sistemas que sometían a la consideración de los "doctos" de su tiempo, los cuales estaban tan lejos como ellos del verdadero problema.

El humanismo peronista no es "intelectual"; no está separado de la vida del Pueblo; es práctico, concreto; surge sobre la base de las realizaciones del peronismo en nuestro país; éstas, al crear un clima de consideración a la personalidad humana dan el aliento necesario para ensayar una concepción orgánica de la ubicación del hombre en esta coyuntura histórica.

En el humanismo peronista no se va a plantear, por ejemplo, si el hombre debe retornar a la antigüedad clásica para beber en sus creaciones la sabiduría que lo oriente en medio del caos contemporáneo.

Tampoco se va a plantear si debe retornar a la Edad Media, pues tiene bien presente que el devenir histórico es irreversible, que la historia no puede dar marcha atrás.

El humanismo peronista está aferrado a la realidad concreta de nuestro tiempo, de nuestro tiempo caracterizado por sombras y luces; por la sombra de la explotación y

la negación del hombre, por las luces de la impetuosa corriente justicialista que marca la "*Hora de los Pueblos*", y **proclama una visión integral del hombre que lo abarca sin retaceos en su condición de ser material y espiritual, individual y social.**

El humanismo peronista no acepta un "*homo sapiens*", por un lado, adornado por las más esplendorosas galas de la sabiduría, y por el otro lado un "*homo faber*" que sólo sabe cavar la tierra o apretar tornillos; no lo acepta, por dos motivos:

1).- Como doctrina de un movimiento popular no puede sino rechazar esa división arbitraria de los hombres, hecha por una clase social en su exclusivo beneficio.

Desde los orígenes mismos de la humanidad, los privilegiados tratan de demostrar, por medio de diferentes argumentos, que ellos son seres superiores comparados con los hombres de trabajo, a quienes menosprecian.

Pero los hombres de Pueblo no han cejado en su lucha desigual por obtener, junto con mejores condiciones de vida y de trabajo, la consideración que se merecen como seres humanos.

2).- La división en "*homo faber*" y "*homo sapiens*" no es verdadera, ya que no corresponde a la realidad.

En efecto, observando a un agricultor experimentado, que mira el cielo y sabe cuándo va a llover; que interpreta el curso de los vientos; que sabe preparar la tierra para que reciba con la mayor tibieza y fertilidad a cada tipo particular de semilla, que es un poco astrónomo, un poco agrónomo, otro poco veterinario y administrador de su centro de actividad, no podemos calificarlo simplemente como "*homo faber*".

En rigor de verdad, es un "*homo sapiens*", sin duda más sabio que el especulativo que, encerrado en el frío ámbito de esos museos y cementerios de ideas que son muchos libros, suele olvidarse de la vida real, de modo que sus conclusiones no prestan ninguna utilidad a la comunidad que le posibilita sus estudios.

El hombre de trabajo, el hombre de Pueblo, es siempre sensato, porque si dejara de serlo morirían sus hijos, morirían sus animales, se secarían sus sembrados y cientos de calamidades lo destruirían todo.

El mismo cuadro tenemos con el hombre de la fábrica. Desde el amanecer obedece a la disciplina de la sirena, que lo llama a cumplir con su obligación diaria. En el taller, frente a la máquina, compenetrado de su complejo sistema, comenzará por comprobar si está todo en orden, después de lo cual recién dará marcha al mecanismo que comenzará a mover sus brazos, a desplazar sus masas, a impulsar sus pistones y cigüeñales.

Y no se diga que ésta es una tarea rutinaria, que la podría realizar un niño; la inteligencia del **trabajador** no necesita ser demostrada. Sin embargo, y sólo para

decir algo sobre esto, podemos recordar que la mayoría de los grandes inventos y adelantos fueron obra de los *trabajadores*.

Un mecánico norteamericano, Fulton, inventa la propulsión de los barcos por medio de vapor; un mecánico textil de Preston llamado Arkwright, es el inventor de la "mule jenny", máquina de hilar en sistema continuo, que significó una revolución en la industria textil mundial. El relojero Watt, el mecánico Stephenson, el gráfico Gutenberg, y miles más, que hicieron genial contribución al progreso de la humanidad, son testimonios de la capacidad intelectual de los *trabajadores*.

El mismo cuadro se nos presenta analizando cualquier rama de la actividad, en lo referente a los inventos y contribuciones de los *trabajadores*.

Lo que sucede es que, el hombre de trabajo inventa o descubre cosas extraordinarias, pero por falta de medios no dispone de posibilidad de explotarla; los detentadores del capital se apropian de ellas y les ponen el nombre de sus fábricas, que es el suyo.

Así, una vez más el *trabajador* que en el anonimato, sigue en la miseria, mientras los capitalistas se enriquecen con los frutos de su inteligencia.

De lo cual se desprende que al hombre de Pueblo no sólo se le quita el producto de su trabajo, dejándole lo indispensable para que reponga sus tuerzas, sino que le arrebatan hasta el fruto de sus ideas.

Son la edición moderna de los ladrones que entraron al templo del dios Zeus a robarle el fuego sagrado; pero éstos son más voraces pues primero encadenan el cuerpo de su víctima, luego le quitan los frutos de sus obras y al final pretenden robarle el fuego sagrado de su espíritu.

Felizmente las cadenas ya se han roto "*en un lugar de América*"; el esclavo de ayer hoy se levanta, aun aturdido por tantos siglos de opresión.

Pero para la vida de la humanidad, los siglos se cuentan como horas en la vida de los hombres.

Ha sido un sueño largo; largo también el camino venturoso a recorrer; grande es la tarea a realizar.

Ahora sí comienza la historia del hombre liberado. En esta hora, en nuestra patria, los hombres trabajan libres e iguales y el trabajo es el medio de su educación y perfeccionamiento, no el de su esclavización y embrutecimiento.

Se abren ante ellos los tesoros de la cultura que ellos mismos fueron creando, pero cuyo aprovechamiento les estaba vedado por los poderosos que los guardaban en los cofres ocultos de las universidades, museos, bibliotecas.

Ante tantas posibilidades puestas al alcance del hombre, *"alentamos la esperanza de que nuestro camino justicialista reconcilie a los hombres con su destino de hombre y crean éstos de nuevo en la felicidad"*. (Perón al declarar inaugurado el Año del Libertador General San Martín, enero 1º de 1950).

Los trabajadores y el estado de la edad antigua.

"Es el orgullo, la soberbia y la vanidad de unos cuantos privilegiados lo que hacía sufrir en Grecia y en Roma a los ilotas y a los esclavos". (Eva Perón, Historia del Peronismo).

Empezaremos por ver en qué relación estaba el hombre de Pueblo con el poder estatal en la antigüedad.

Este periodo histórico se caracteriza por el poder omnipotente del Estado frente al hombre de Pueblo.

Recordemos, para palpar de cerca esta afirmación, la situación no sólo de los esclavos, sino del conjunto de los **trabajadores**, a quienes las castas gobernantes no consideraban siquiera como seres humanos.

Los trabajadores y el Estado de la Edad Media.

En el régimen feudal no se puede hablar ya de Estado, pues cada señor tiene autoridad absoluta dentro de su feudo, es propietario de toda la tierra y de los instrumentos de trabajo e impone un régimen basado en un contrato de trabajo, casi nunca escrito.

Las cláusulas de este contrato de trabajo, cuando existe, son establecidas por el propio señor feudal, con penalidades que ponen en sus manos la vida misma de los desdichados campesinos y siervos.

Es fácil imaginar, en estas circunstancias de violencias y falta de un poder central que dicte normas, la situación en que se hallarían los **trabajadores**, librados al despotismo y arbitrariedad de señores de horca y cuchillo.

Con los reducidos medios a su alcance, luchaban en forma casi siempre individual por un mínimo respeto a su condición de hombres. Fue este un buen ensayo general de una sociedad sin gobierno central.

Los trabajadores y el estado de la edad moderna.

"El sufrimiento que provocó la rebeldía del pueblo francés en 1789, la Revolución Francesa, tiene su causa en los privilegios de la nobleza y del alto clero". (Eva Perón, Historia del Peronismo).

La Edad Moderna se presenta con Estados Nacionales débiles, por la subsistencia de las formas separatistas del feudalismo, y con fuertes ciudades y repúblicas comerciales, en las cuales se enriquecen los mercaderes.

Los hombres que constituyen el pueblo son explotados ya por los feudales, ya por los nuevos industriales, ya por los comerciantes: sean cuales fueren, todos los explotan con la misma voracidad.

El Renacimiento exaltó la afirmación de los derechos del hombre; pero no de todos los hombres --como hemos visto--, sino de unos pocos privilegiados.

El hombre de Pueblo es considerado "*bestia*", "*buey*", "*pulpo*", de modo que el Estado renacentista mal podía interesarse en su libertad, cuando los eruditos y apasionados humanistas le habían negado hasta su condición humana.

Semejante menosprecio hacia el *trabajador* se concretó más aún bajo el imperio del capitalismo, el cual se manifiesta como una fuerza unificadora de las potencias de la sociedad, oponiéndose de manera cada vez más manifiesta a la tendencia parceladora y localista del feudalismo.

Los trabajadores, la doctrina y Maquiavelo.

Maquiavelo sostiene que el mejor gobierno sería aquel que compensara el poder del rey con el de la nobleza, y el poder de éstos dos con el del Pueblo. (Aclaremos que cuando habla de Pueblo, se refiere a la burguesía; por lo tanto, está haciendo de abogado de ella).

Al referirse al Pueblo *trabajador*, al igual que todos los renacentistas, lo hace con sumo desprecio, llegando a afirmar que "*el que construye sobre el populacho construye sobre el fango*". Sostiene la subordinación de la ética a las necesidades del Estado y sintetiza este criterio en su famoso aforismo: "*El fin justifica los medios*".

Si bien nuestro objeto, al tratar a Maquiavelo, fue solamente presentar a uno de los teóricos de la democracia liberal, no podemos menos que señalar de paso la profunda oposición a su pensamiento por parte de la doctrina de Perón.

Por ejemplo, para el peronismo el fin no justifica los medios, porque las soluciones dadas a los problemas no son accidentales sino que son permanentes, en el sentido que están dirigidos a terminar radicalmente con las situaciones que afligen al hombre, no a servirse de ellas por medio de falsas soluciones, pues toda la acción política del Peronismo está dirigida por un espíritu eminentemente fraterno.

Los materialismos sí deben obrar siguiendo la premisa de que "*el fin justifica los medios*"; el éxito es su razón de ser y toda su justificación; en cambio, *para el Peronismo el éxito es sólo un medio para lograr la plenitud del hombre.*

El Peronismo quiere hombres felices y sabe que no es posible la felicidad sin la bondad, sin el amor. *"Las creaciones de la humanidad no se amasan con separaciones y odios, sino con colaboración y amor"*. (Perón, en la concentración de Empleados Bancarios, agosto 11 de 1944).

Por otra parte, Perón ha dado el mentís más rotundo a la afirmación: *"el que construye sobre el populacho construye sobre el fango"*, porque la grandeza de la Nación es construida diariamente por él con el concurso de su Pueblo. Sobre este punto ha afirmado: *"Las Patrias se salvan o se hunden por la acción de su Pueblo. Los hombres que tenemos la responsabilidad del gobierno, sin el Pueblo somos ineficaces, inoperantes e intrascendentes"*. (Perón, en Plaza de Mayo, abril 15 de 1953).

En resumen, es evidente la diametral oposición de la Doctrina Peronista con la de Maquiavelo.

Los trabajadores y el estado de la edad contemporánea.

"Todas las libertades, llegan a generar el más feroz egoísmo si en su ejercicio, no se articula la libertad de cada uno con la libertad de los demás". (Perón, con motivo de la creación del Consejo Nacional de Postguerra, setiembre 6 de 1944).

Hemos visto en este esbozo histórico-filosófico de las relaciones de las oligarquías con los Pueblos, cómo ellas siempre se han separado de la comunidad, poniendo sus intereses de casta y élite, por encima de los intereses generales.

Tal separación respecto a la comunidad subsiste después de la Revolución Francesa, y a través de toda la época contemporánea, en la cual las oligarquías aparecen bajo el disfraz de su democracia liberal o de formas totalitarias.

Podemos decir aquí que ésta actitud mezquina que manifiestan las oligarquías al considerar los intereses sociales, surge del concepto egoísta que tienen del hombre, pues si cuando hablan de las gentes de su clase se expresan en los términos más elevados, cuando se refieren a las gentes del Pueblo, las consideran bestias de carga o *"fuerza de trabajo"*, en las que sólo piensan para quitarles los bienes de su labor.

El importantísimo papel que juega el **trabajador** en la industria mecanizada, hace que semejante condición resulte cada vez menos soportable; de ahí que en esta época se exacerbe la tensión entre la parte productiva de la sociedad y los que medran a su costa.

En efecto, la inutilidad social de las oligarquías, derivada de su parasitismo, las convierte, en la época contemporánea, en la principal traba al progreso general.

Esto aparece con particular elocuencia cuando se observa cómo han logrado hacer del Estado, que es la principal institución del progreso público, un enemigo de los intereses generales, un auxiliar de sus fines excluyentes.

De aquí se deduce que, para los Pueblos lo fundamental no es lograr cambios en la estructura del Estado --cambios políticos--, sino conseguir cambios radicales en la sociedad --cambios sociales--, que anulen los privilegios de las oligarquías.

Esta es la gran experiencia que surge de las transformaciones sociales, económicas y políticas, logradas por el Pueblo argentino, bajo la conducción de Perón.

En efecto, anulados los privilegios que eran la fuerza de la oligarquía, el Estado argentino cambia su fisonomía y sus funciones, transformándose en una democracia social, en la que producen, consumen y disfrutan "*todos por igual, sin preferencia para nadie*".

El antagonismo entre Estado y hombre de Pueblo queda superado, porque el Pueblo es el soberano.

En la democracia peronista cada uno de los integrantes de la comunidad funciona no sólo como súbdito del poder estatal, sino como miembro dirigente del Estado.

Esta es la razón de la armonía, en la sociedad peronista, entre la autoridad y la libertad.

Armonía que se ha dado por primera vez en la historia, al suprimir el antagonismo entre Estado y hombre de Pueblo.

Dada la trascendencia de esta conciliación de la libertad con la autoridad, pasaremos a analizarla en detalle, lo que nos permitirá ver más de cerca los fundamentos de esta solución.

Los trabajadores y el concepto del hombre en el Estado (neo)liberal.

Veremos ahora cómo del concepto mezquino que del hombre tiene el capitalismo se determina el tipo de Estado pseudo-democrático, así como las relaciones que establece con los *trabajadores*.

En efecto, la concepción liberal del Estado se fundamenta en un concepto unilateral del hombre, ya que lo toma como individuo aislado, dejando de lado su carácter social.

Esta exaltación de la dimensión individual del hombre es la continuación de la orientación renacentista.

Para el Renacimiento, bajo la influencia del culto a la antigüedad clásica, el hombre era el centro del mundo; pero recordemos que este concepto se limitaba solamente a un grupo de hombre; por eso dijimos, que si bien el humanismo renacentista es antropocéntrico, reconoce dos defectos de estrechez: es materialista y antipopular.

El liberalismo sigue dentro de estos moldes, considerando a cada ser humano una especie de dios autónomo, que todo lo espera de sí mismo.

Pero en la práctica, ese dios autónomo es el capitalista, sin más acicate que su interés personal, sin ningún sentimiento solidario hacia la comunidad, indiferente a los intereses y a los sufrimientos ajenos.

Es el hombre deshumanizado que, en el caso de tener más fuerza que el resto, no vacila en esclavizarlo, pues sólo piensa en sí. *Es el verdadero lobo del hombre.*

Quiere decir que en la doctrina liberal hay sólo una aparente estimación del hombre; en el fondo le niega lo que lo hace verdaderamente humano, su sentimiento de hermandad hacia los demás, su solidaridad.

El liberalismo aísla a los hombres entre sí, favoreciendo de esta manera a los más poderosos para que atrapen a los más débiles, pues el Estado no tiene que intervenir en las actividades de los hombres.

"La libertad para todos los hombres del mundo" se convierte en una libertad sin freno para los capitalistas, que tienen en sus manos todos los resortes.

No existe para el hombre de Pueblo, ya que el sistema le niega los medios concretos indispensables para ejercitarla; carece de legislación social que lo proteja y prácticamente, no tiene derechos políticos.

De este modo el liberalismo ensanchó el campo de la esclavitud para el hombre de trabajo, pues éste no sólo siguió sometido políticamente, sino sometido en peores condiciones que nunca al absolutismo del poder económico.

El hombre de Pueblo, en la mayor situación de desamparo, aislado de sus hermanos y abandonado por el Estado a sus propias fuerzas, se encontró en el callejón sin salida de la lucha de todos contra todos. *"El estado del hombre contra el hombre, todos contra todos, y la existencia como un palenque donde la hombría puede identificarse con las proezas del ave rapaz"*. (Perón, en el Congreso de Filosofía de Mendoza, abril 9 de 1949).

En tal situación el **trabajador** comienza a descubrir la comunidad de interés con sus semejantes e inicia su lucha por raquíuticos derechos políticos y sociales: sufragio universal, derecho de huelga, etc., luchas que, por otra parte, nos muestran al Pueblo siendo juguete de demagogos y aventureros, que maniobran con esos derechos, de la misma manera como juegan en la Bolsa con sus cupones.

En reacción contra este estado de cosas, surgen las doctrinas socialistas, que pretenden remediar los fracasos del liberalismo, pero que no ven sino la necesidad de dar poderes al Estado para corregir los defectos de aquél.

La lucha entre el poder público y el hombre de Pueblo continúa, mientras el Estado, poco a poco, va tomando poderes cada vez mayores, hasta culminar en el sistema totalitario, que absorbe de manera absoluta al individuo.

Los trabajadores y las virtudes.

Las virtudes que señala la ética peronista son de origen popular, pues el Pueblo es el heredero de los *trabajadores* de todos los tiempos. Los *trabajadores* son los que han forjado el progreso material y moral de la humanidad. Por eso Perón ha dicho que lo mejor que tenemos es el Pueblo, los *trabajadores*, en el sentido de que son los que tienen más virtudes.

Agrego este texto de Conducción Política por la pertinencia en este tema.

Dirigentes con una profunda moral

Quizá en ciertos aspectos tiene más importancia el conductor auxiliar que el propio conductor, porque el auxiliar es el que está en contacto directo con la masa, y por buenas que sean las intenciones del que conduce de arriba, él no puede dar su ejemplo personal ni llegar con su palabra todos los días a quienes él debe ir formando en la misma mística y en la misma moral.

Un partido político cuyos dirigentes no estén dotados de una profunda moral, que no estén persuadidos de que ésta es una función de sacrificio y no una ganga, que no esté armado de la suficiente abnegación, que no sea un hombre humilde y *trabajador*, que no se crea nunca más de lo que es ni menos de lo que debe ser en su función, ese partido está destinado a morir, a corto o a largo plazo, tan pronto trascienda que los hombres que lo conducen y dirigen no tienen condiciones morales suficientes para hacerlo (Perón, Conducción Política).

Los trabajadores y la ambición.

Es la pasión desordenada por la gloria, los bienes y los honores, que corrompe el corazón.

Este vicio fue la característica de la oligarquía que exigía para sí todos los bienes materiales y espirituales, al precio de la explotación de los *trabajadores* y hasta de la venta de la patria.

En fin, podemos decir que la explicación de los caracteres de los diferentes vicios morales, con sus respectivas variantes, daría lugar a un voluminoso tratado de patología moral.

No es nuestra intención hacer tal cosa, pues la sola enunciación de estos vicios, que envilecieron a las clases explotadoras del Pueblo, acrecienta en nosotros el impulso necesario para combatirlos.

Por otra parte, el Peronismo no quiere hacer escuela de sacrificados, sino escuela de hombres y mujeres buenos, que no cometan malas acciones y que traten de realizar cada día una buena acción. Eso es lo que dice Perón: *"Yo creo que el mérito de uno*

consiste en cometer el menor número posible de malas acciones y en acumular todos los días, si es posible, una buena acción a lo largo del deber que debemos cumplir". (Ante Oficiales de Institutos Penales, diciembre 26 de 1951).

Ante las sencillas virtudes, cuya enumeración acabamos de hacer (humildad, dignidad, modestia, generosidad, sinceridad, desinterés, solidaridad y lealtad), virtudes que siempre fueron como el pan diario entre la gente llamada humilde, se podría pensar que la filosofía peronista tiene un enfoque estrecho del problema ético; que al hombre debe exigírsele infinitamente más; proponerle sacrificios y disciplinas severas, prácticas estoicas o ascéticas, para que depure su espíritu y esté en condiciones de entrar limpio al reino de Dios.

Como parte integrante de la filosofía de los **trabajadores**, la ética peronista no acepta tal concepto, por los siguientes motivos:

a).- Porque considera que el hombre de Pueblo tiene ya los mayores merecimientos a este respecto, ya que ni siquiera tuvo nunca el placer de someterse a privaciones y disciplinas por una disposición de su voluntad o por una inclinación de su espíritu.

Su vida diaria fue un calvario impuesto --y por lo tanto doble calvario-- donde los sufrimientos de la carne y del espíritu llenaban el ámbito.

En ese calvario sintió todos los padeceres, los propios y los que se derivan de ver el tormento de los hermanos sin poder socorrerles; ahí renunció a todos los placeres y soportó todos los castigos, y sin embargo, por lo mismo que conocía el dolor, nunca dejó de practicar la caridad y la solidaridad. Tales dictados le salían de la conciencia, no porque los hubiera leído o se los aconsejaran practicar.

El hombre de Pueblo ya tiene bien ganado su lugar a la diestra de Dios. Como lo dijo Jesucristo: "*... ellos se sentaran a su diestra*".

b).- Por otra parte, nuestra concepción del hombre como síntesis de materia y espíritu no nos va a llevar nunca al culto del materialismo, pero tampoco nos va a conducir a ver en el hombre solamente a un espíritu encarnado, nacido para filosofar sobre los fines últimos de las cosas; éste es el hombre de la Edad media que se expresaba así: "*Si ves a un filósofo que lo discierne todo por su recta razón, venéralo: es un ser celeste y no terreno. Si a un puro contemplador, ignorante de su cuerpo, recogido en el santuario de su espíritu, no es un ser ni terreno ni celeste: es un espíritu más augusto, revestido de carne humana*".

Ese era el modelo a imitar. Pero este modelo es una creación mental que no corresponde a lo que fue ni es el hombre.

Por eso la ética peronista se limita a enumerar las modestas virtudes que han sido siempre practicadas por el Pueblo, cuya intensificación en las condiciones actuales favorables, va a permitir a toda la comunidad argentina consolidar la sociedad justicialista.

EL HOMBRE Y EL TRABAJO

INTRODUCCIÓN.

*"La dignificación del trabajo y del **trabajador** es el punto de partida y de llegada del Justicialismo en el orden social". (Perón, artículo publicado en "Mundo Peronista", noviembre 15 de 1951).*

El Justicialismo es un nuevo humanismo, como ya hemos visto, que, a diferencia del humanismo clásico, centra su preocupación en el hombre de Pueblo.

Este nuevo humanismo, teñido con los colores de la revolución justicialista, coloca en el centro de su interés a los **trabajadores**, en el amplio sentido que ya hemos precisado a esta palabra.

Por otra parte, siguiendo la característica general del método peronista, que consiste en unir al decir el hacer, el nuestro es un humanismo de acción.

En contraposición a la larga novela sensiblera plagada de utopías y declamaciones sobre la condición humana y los derechos del hombre y del ciudadano, que constituía el humanismo insustancial de los literatos liberales, el humanismo peronista acompaña el concepto de dignificación del hombre con medidas concretas que aseguran tal dignificación.

El medio seguro para alcanzar esto reside en la dignificación del trabajo.

De modo que por la dignificación del trabajo se llega a la del hombre que lo realiza.

Es decir que el trabajo, que constituye la forma de vida del hombre de Pueblo, es, en la sociedad justicialista, fuente de dignidad, de superación total, material y espiritual, no de humillación, de agotamiento y enfermedad.

Terminada la labor diaria, el hombre de la sociedad justicialista se retira de su lugar de trabajo satisfecho y alegre, y no deprimido por mil motivos.

Bajo el sistema del capitalismo desenfrenado, que considera al trabajo como la coyuntura para su enriquecimiento, el **trabajador** nunca concluyó su jornada con optimismo o esperanzas.

Para que esto sucediera, el trabajo debía dejar de ser considerado exclusivamente como uno de los factores de la producción de mercancías, para ser tomado también como factor fundamental de la producción de algo que no se vende en el mercado capitalista: *las fuerzas morales, las virtudes, la dignidad.*

Este contenido del trabajo es completamente nuevo, tanto respecto del criterio capitalista, como del comunista, ya que ambos lo consideran como un factor de la producción de mercancías.

Tal concepto del trabajo sólo es posible en el sistema justicialista, cuyo objetivo supremo es el hombre.

Dicho de otra manera, el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo, como es considerado en los sistemas que sólo atienden la dimensión económica del mismo.

RESEÑA HISTÓRICA.

*"Cuando se aceptaba que el **trabajador** era un esclavo, o poco menos, y su explotación era lo corriente, se rechazaba prácticamente la idea cristiana de su igualdad con respecto a los demás hombres, aunque se la pregona en todos los discursos". (Perón, ante Delegados del Congreso de Medicina del Trabajo, diciembre 14 de 1949).*

Una rápida ojeada sobre la condición de los **trabajadores** a través de los tiempos nos permitirá apreciar la consideración que el trabajo ha merecido en la historia de la humanidad.

a).- Edad Antigua.

En Egipto las pirámides que aun hoy deslumbran a la humanidad fueron construidas por esclavos, que atados unos a otros sus cuerpos desnudos, arrastraban pesados bloques bajo el látigo oprobioso.

Los faraones perpetuaron su nombre, pero junto a ello, sin quererlo, gritaron a los siglos la situación brutal de los hombres que les construyeron el monumento que concretaba su aspiración de vivir eternamente.

Muchos escribieron las hazañas de los faraones, muchos hicieron los más sutiles relatos describiendo sus trajes, sus joyas, etc., pero "nadie escribió jamás la historia de todos los dolores que cada dinastía hizo sufrir a sus masas para construir sus propias glorias y alabanzas. Pero nosotros, en cada una de esas piedras en que está escrita la historia de cada dinastía con sus glorias y esplendores, vislumbramos el sacrificio, la explotación y el sufrimiento de las masas egipcias". (Eva Perón, Historia del Peronismo).

Esas son las palabras con que Eva Perón se refirió a este tema desde la tribuna de la Escuela Superior Peronista, en ocasión de dictar su curso de "Historia del Peronismo". En ellas se refleja la situación de oprobio incalificable que soportaron los **trabajadores** del Egipto antiguo; pero también se refleja la sensibilidad de Eva Perón que, sin ser historiadora y al tratar un asunto de tantos matices como es la Antigüedad, supo enfocar el tema de modo que le permitiera decir sus palabras justicieras a favor de los castigados del pasado.

Y no son palabras que expresen nada más que una gran sensibilidad social, sino que nos muestran un enfoque responsable y definido para juzgar los hechos históricos con criterio verdadero. Ese enfoque lo destaca expresamente pronunciando palabras que a ningún historiador argentino le hemos oído todavía: "La historia ha sido escrita no por las masas sino, en general, por los privilegiados de todos los tiempos". (Eva Perón, Historia del Peronismo).

También existió entre los griegos una profunda separación entre la clase de los que no trabajaban y la de quienes realizaban las tareas manuales, tareas que fueron consideradas viles y degradantes en la antigüedad.

Ya hemos visto en el capítulo II la concepción de Platón al respecto; dividió su sociedad idea en tres clases: sabios, guerreros y hombres de oficios. Cada clase era comparada con una parte del organismo humano respectivamente: cerebro, corazón y estomago; el cerebro estaba representado por los filósofos; el corazón por los guerreros que defienden el Estado; y el estómago por los *trabajadores*, artesanos y campesinos.

Cada clase poseía una virtud especial: la primera, la sabiduría; la segunda, el valor; y la tercera, el Pueblo, la obediencia para el trabajo y la templanza, es decir, que debía trabajar mucho y consumir poco.

En comparación con este desprecio general al trabajo por parte de las clases privilegiadas, debemos señalar la existencia, ya en aquellos tiempos, de gente que lo consideraba como noble ocupación.

Así, el poeta Hesíodo, que tenía profundo amor al Pueblo, y cuyas creaciones están saturadas de conceptos morales y didácticos, en su obra "Los Trabajos y los Días", canta al trabajo del hombre, señalándolo como gran factor de dignificación y considerándolo una sólida virtud.

El Antiguo Testamento traía palabras terribles para referirse al trabajo: "Ganaras el pan con el sudor de tu frente", así anatematizaba Jehová la desobediencia del primer hombre.

Cristo, con su Evangelio de amor, enalteció, en cambio, a los humildes y dio para siempre las normas de valoración de las modestas tareas. Él y sus Apóstoles fueron *trabajadores*. El trabajo no era ya una maldición, sino, al contrario, una condición para la gloria.

Pero esto ocurría lejos de la cabeza del orgulloso imperio Romano.

Allí, viviendo gracias a la esclavitud y a la explotación de los Pueblos oprimidos, una sociedad de privilegiados mantenía el concepto de que el trabajo de una parte de los hombres debía servir para la holganza de la otra.

Patricios y plebeyos habían mantenido entre sí una larga lucha, en la cual los segundos pagaron con su sangre y dolor sus reclamos de mejores condiciones de vida.

Cuando algunos espíritus nobles los ayudaron con un poco de justicia o los acaudillaron para sacudir el yugo, como sucedió con los Gracos y Catilina, fueron brutalmente asesinados por "*demagogos*".

Recordemos que también en nuestro país la oligarquía explotadora calificó de "demagogo" a Perón.

b).- Edad Media.

En la Edad Media existía una profunda división de clases entre los señores propietarios de la tierra y los siervos que la trabajaban. Ya no había esclavitud, es cierto, pero los **trabajadores**, sobre todo los del campo, estaban sometidos a las condiciones más crueles de explotación y servidumbre.

Estaban "*atados a la gleba*", es decir, incorporados a los campos, como el ganado, las casas, etc., y si bien no podían ser vendidos como los esclavos, como piezas, se los vendía con la tierra, dando lugar, a veces, a verdaderas tragedias, como por ejemplo, la ruptura de una familia, cuando el señor feudal había convenido ceder con la tierra únicamente a algunos de sus miembros.

Por otra parte, el campesino, que siempre tenía a su cargo la explotación de un predio, de donde sacaba los medios de subsistencia, debía entregar al señor, como tributo, gran cantidad de la cosecha y de los frutos de su trabajo.

Además, debía trabajar en el campo del señor determinados días de la semana, gratuitamente.

Es imaginable a qué abusos daría lugar este sistema, que además incluía una serie de derechos que el señor se reservaba a voluntad, como por ejemplo, el de aumentar a discreción la "talla", es decir, la contribución de los siervos.

El "*pecho*", las "*corveas*", el "*derecho de mano muerta*", las "*ayudas*", el "*derecho de pernada*" y mil formas más de gravámenes, que el señor tenía a su favor, configuraban para los **trabajadores** un estado de explotación y ofensa inconcebibles.

En las ciudades y centros poblados, donde los artesanos tenían sus talleres, disponían del trabajo de aprendices y compañeros en un régimen familiar, que no excluía las arbitrariedades de parte del maestro.

Lo mismo podemos decir de los que trabajaban con los comerciantes y traficantes: estaban sujetos a dependientes de la voluntad del empresario.

c).- Edad Moderna y Contemporánea.

Con el creciente desarrollo de la economía monetaria, las consecuencias del aumento de población en las ciudades, la expansión colonial y los progresos técnicos, se cambia fundamentalmente la estructura social: desaparecen los gremios y las corporaciones, que significaron un progreso para los *trabajadores* y aparece, en cambio, una clase empresaria y mercantil que tiene como necesario correlato una clase también nueva, la clase *trabajadora*.

Esta es la época que hemos caracterizado al ocuparnos del humanismo renacentista.

Para puntualizar el carácter antipopular del llamado humanismo renacentista, recordemos que su más grande representante, Erasmo de Rotterdam, sostiene que *"el espíritu será tanto más digno cuanto más alejado se encuentre del trabajo"*.

Todos los humanistas colocaban, de un lado, a los hombres que trabajaban y, del otro, a los que se dedicaban a la actividad intelectual, siendo, por lo tanto, sostenedores del concepto del *"homo faber"*, por un lado, y el *"homo sapiens"*, por el otro.

El auge del comercio y la usura encontró su víctima en la clase pobre. Aquí es donde comienza el capítulo de la explotación capitalista y de las peores injusticias sociales.

Llega la máquina y con ella la ilusión de que su gran capacidad de producción mejorará la situación de los *trabajadores*.

Estos son sacados de los talleres y conducidos en masa a las fábricas, ya que la máquina arruinó las pequeñas manufacturas y el trabajo familiar o corporativo.

Pero, desgraciadamente, poco duró esta ilusión, ya que la experiencia se encargó de demostrar que la máquina, como instrumento inerte, en manos de los capitalistas, sólo serviría para intensificar la explotación de los *trabajadores*.

El régimen de severidad e insalubridad que predominaba en las fábricas, hizo que fueran llamadas las *"Casas del Terror"* por quienes condenaron semejantes métodos.

Pero el ímpetu y los recursos de los capitalistas eran tales que una débil oposición a sus planes no podía hacerlos malograr.

Con la misma fuerza incontenible con que los bárbaros y los esclavos empujaron a la ruina al sistema romano, los capitalistas empujaban hacia su desaparición total a las viejas formas del trabajo artesanal.

Representaban una nueva era en la historia de la humanidad.

Esta nueva era sobrevino de un modo arrollador desde que su camino quedó allanado por una serie de inventos. La máquina de cardar, el telar mecánico, la máquina de hacer papel y otras, trajeron consigo un período de transformaciones fundamentales en la estructura social de todos los países.

Los beneficiarios de estos progresos estaban favorecidos en su acción por el concepto reinante de la libertad sin trabas y el racionalismo filosófico, que impulsaba al perfeccionamiento técnico, la promoción de la riqueza y el desarrollo de una economía destinada a despertar cada día nuevas necesidades

El proceso de desaparición de la pequeña industria artesanal se realizó también por medio de la competencia ruinosa que las fábricas, equipadas con máquinas automáticas, hicieron a los talleres.

Esto daba lugar a que con la introducción de cada máquina quedaran en la calle cientos y miles de obreros, que eran despedidos de los talleres y no admitidos en las fábricas.

Semejante situación creó en los obreros diferentes actitudes de resistencia y de lucha.

La más espontánea y virulenta consistió en destruir las propiedades industriales y hacer pedazos las máquinas.

Se formaron bandas de obreros armados que habían quedado desocupados a causa de la introducción de máquinas y que se denominaban "*destructores de máquinas*".

Inútiles fueron las medidas de terror y las ejecuciones en masa de los "*destructores de máquinas*".

El gran poeta Lord Byron elevó su voz en la Cámara de los Lores, denunciando las condiciones de miseria y explotación en que vivían los obreros y que explicaban su rebelión.

La introducción de máquinas en la agricultura ocasionó también revueltas de los "*destructores de máquinas*"; esta vez, braceros que destruían graneros e incendiaban las cosechas levantadas con las máquinas.

En fin, se puede decir que la protesta violenta del hombre contra la máquina se ha presentado en cada caso en que una máquina echó a la desocupación al **trabajador**.

Pero siempre fueron inútiles los intentos de volver a un estado anterior. La historia no retrocede.

La verdadera causa de la desgracia no eran las máquinas, seres inertes, sino el sistema imperante y sus dueños que las utilizaban como medios de explotación.

No existía todavía "*cuestión obrera*". La clase obrera era mantenida en la ignorancia y carecía de tiempo y condiciones para inquirir el problema del objeto de su vida y de su porvenir.

El Estado, en virtud de la teoría liberal que predominaba, se había desentendido de las cuestiones sociales.

La imperiosa necesidad de aceptar el trabajo, si no quería morir de hambre, quitaba al obrero toda libertad de decisión.

El empresario de la era del gran capitalismo podía arrojar, finalmente, como a un limón exprimido, al obrero que había rendido ya toda su utilidad.

En las postrimerías del siglo pasado ya se dibujaba una actitud orgánica y enérgica en las masas obreras de Europa.

Comienzan las exigencias de justicia, pacíficas a veces, violentas casi siempre, que paulatinamente van rindiendo sus frutos, escasos por cierto, debido a que las masas marchan anárquicamente, sin conductores.

Quedan, dándole simbolismo, generaciones enteras sacrificadas a un capitalismo inhumano, inmoladas a las ambiciones de enriquecimiento ilimitado de una clase pirata.

Un documento memorable expresó la mejor aspiración de justicia social de los *trabajadores*: la Encíclica "*Rerum Novarum*" de León XIII. Otro documento de hondísima influencia, aunque pernicioso en lo más, --grito de justicia sin caridad--, fue "*El Manifiesto Comunista*", de Carlos Marx.

EL HOMBRE Y LA MÁQUINA.

"En nuestra República el hombre ha dejado de ser esclavo de la máquina; de instrumento se ha convertido en amo y cerebro; tiene todos los derechos inherentes a la condición humana y los deberes que le impone la convivencia de una sociedad democrática, en la que, ocupando las posiciones que a cada uno nos corresponden, tenemos todos exactamente las mismas prerrogativas y derechos". (Perón, al inaugurar el 82º Periodo de Sesiones, el 1º de mayo de 1948).

En el sistema capitalista cada individuo es dueño de hacer lo que mejor le convenga, sin relación alguna con directivas de orden social, sin sujeción a regulación de ninguna especie y sin otra traba que no sea el Código Penal, que le impide matar a otro o apoderarse de los bienes ajenos.

El interés económico es lo que lleva al capitalista a realizar los actos que crea convenientes para acrecentar su fortuna, así consista en acaparar algún artículo de primera necesidad para especular luego con el hombre del Pueblo.

Por lo tanto, en el sistema capitalista la actividad que ocupa el primer plano es la económica, que se estructura de acuerdo con las reglas del mercado libre. Cada mercancía tiene en él el precio determinado por la ley de la oferta y la demanda.

El precio baja si la oferta es superior a la demanda, y, en cambio, sube, si la demanda es superior a la oferta.

Tanto la oferta como la demanda son determinadas por la minoría poseedora de los bienes. El que nada posee no tiene demanda que efectuar ni oferta que hacer, salvo, y he aquí el punto que nos interesa, la oferta de sus brazos para la producción.

Pero los brazos como medios de producción son menos rendidores que las máquinas.

El capitalista debe optar entre ambas mercancías que se ofrecen, y se decide por la máquina, despidiendo obreros.

Los obreros vuelven a emplearse porque la producción aumenta sin cesar; pero este aumento de producción está dirigido a acrecentar las ganancias y el ritmo de vida del capitalista; no está de ningún modo orientado a realizar la felicidad del *trabajador*. El obrero sigue siendo el objeto y no el sujeto; un objeto en el mercado al par de la máquina, que por su rendimiento lo desplaza y se constituye en el objeto máspreciado, pues es propiedad del capitalista y, por lo tanto, representa para éste más que el obrero del que sólo alquila su fuerza de trabajo. La máquina constituye un capital, que en un momento dado puede realizarse; el obrero, en cambio, recupera después de su jornada de trabajo su "libertad"; es ajeno.

De ahí que se haya sostenido, con todo fundamento, que la situación del obrero dentro del capitalismo es peor que la situación del esclavo en la antigüedad, porque, siendo el esclavo propiedad de su amo, éste tenía más interés en cuidarlo y protegerlo.

Luego, hombre y máquina en la economía capitalista son mercancías cuyo valor está sujeto al juego de la oferta y la demanda.

Desplazado el *trabajador* por la máquina, se produce la desocupación y con ella un exceso de la oferta sobre la demanda de trabajo.

"Ustedes se imaginan que la mano de obra en el mercado de trabajo tiene una ley de oferta y de demanda; si hay mano de obra desocupada, los hombres, acuciados por la necesidad, se colocan a cualquier jornal; pero si la mano de obra está saturada por la necesidad de trabajo, los salarios suben. De manera que se estudiaba muy bien para que hubiera siempre un remanente del diez al veinte por ciento de desocupados, que era lo que mantenía baja la mano de obra". (Perón, ante obreros ferroviarios, octubre 29 de 1948).

En el régimen justicialista toda la fuerza del Estado está consagrada a impedir las maniobras de los capitalistas inescrupulosos, que en su voracidad nunca trepidan en llevar a la desesperación y al hambre a los *trabajadores*.

En el Justicialismo no se mantiene ese porcentaje de desocupados para oponerlos a los ocupados y así pagar bajos salarios; todo lo contrario, pues se ha logrado la ocupación total y el objetivo justicialista en esta materia es que nunca falte al hombre el trabajo decoroso y bien remunerado que necesita para vivir feliz.

Contra la concepción del trabajo como mercancía, se ha pronunciado Perón con estas palabras: "Buscamos organizar el trabajo, para que en esta tierra no vuelva a ser jamás una mercancía que se compra. El trabajo es una fuerza humana y ha de organizarse y administrarse como fuerza humana". (En Tucumán, febrero 28 de 1945).

Esto es una organización natural del trabajo, una organización no falsificada por un sistema que se aparta del hombre, al ver exclusivamente el aspecto económico del trabajo, juzgándolo desde el punto de vista del egoísmo de unos pocos que detentan el capital.

EL TRABAJO EN LA NUEVA ARGENTINA.

"Cuando estructuramos el Justicialismo comenzamos por establecer que el orden de la organización del Justicialismo no se basaba en el capital, sino que se basaba en el trabajo, porque el trabajo es lo único digno que tienen hombres y mujeres. Es mediante ese trabajo que el Pueblo progresa y que la Nación se engrandece, y no mediante el egoísmo de atesorar bienes materiales. Es el renunciamiento a la vanidad y a las estupideces de la vida diaria lo que hace grande al hombre y le presenta a semejanza de los altos valores de la humanidad". (Perón, ante Delegados Censistas de Santiago del Estero, junio 19 de 1951).

Nada más justo que el trabajo sea la única fuente de dignidad en la Argentina Justicialista, y que mediante el trabajo se supera al hombre, progresa el Pueblo y se engrandece la Nación.

Los obreros, organizados en sindicatos que integran la Confederación general del Trabajo, ejercen una activa colaboración social, política y económica.

En lo social, sus propios y directos representantes dirigen la protección y la asistencia.

En lo económico, integran el organismo que tiene a su cargo la defensa de la prosperidad de la población.

En lo político, son columna fundamental del Movimiento Peronista y garantía de la representación obrera en las funciones públicas.

Ministros, diplomáticos, legisladores, funcionarios, que han llegado a elevadas posiciones por gravitación de su trabajo honrado en las filas sindicales, muestran que el nuestro es un Gobierno auténticamente obrerista.

Por eso, es muy distinto el sentimiento de su propia condición que tiene el obrero de hoy del que experimentaba antes del advenimiento de Perón.

El *trabajador*, al sentirse valorado con justicia, ha adquirido el legítimo orgullo de su función social. No es el resentido, el disminuido y el postergado de otros tiempos. Es un hombre entero que ha asumido conscientemente sus deberes y derechos sociales.

La definitiva dignidad que el trabajo tiene en la República está sancionada por la inclusión de los *Derechos del Trabajador* en la Constitución de 1949.

El concepto peronista de la dignificación del trabajo no sólo abarca el mejoramiento de las condiciones en que el mismo se efectúa, condiciones de salario, sanitarias, de seguridad, etc., sino también la elevación de la consideración a la función del *trabajador* y a su persona.

En efecto, la prédica cumplida por el Peronismo se corona con las medidas tomadas para la creación de ininidad de escuelas de capacitación para aprendices, obreros, técnicos, que culmina con la creación de la Universidad Obrera.

En breve, de allí empezaran a salir ingenieros de fábrica, técnicos, etc., que ya no serán como antes eran los técnicos, señores de lenguaje extraño, sino los propios hijos de nuestro Pueblo.

Todo esto ha tenido como consecuencia la elevación del prestigio de la condición del *trabajador*, ya que el propio Presidente de la Nación ha aceptado como el título de más honra, el de "*Primer Trabajador*" argentino. Y eso con justicia, ya que él es un *trabajador* más --en verdad el más benemérito--, pero un *trabajador* más.

Si el primer magistrado de la Nación tiene honra en llamarse *trabajador*, se impone que también se sientan honrados todos los que le siguen en las diferentes escalas de la jerarquía social.

Hoy un medico considera un homenaje que se lo llame *trabajador* de la ciencia, así como un maestro o un escritor que se le denomine *trabajadores* de la cultura, y hay cientos de miles de niños en todas las comarcas del país que sueñan con llegar a ser *trabajadores* calificados, técnicos, maestros, tractoristas, etc.

No sucedía esto en la época de la oligarquía en que, del Presidente de la República para abajo, todos trataban de ser cualquier cosa, menos *trabajadores*.

En aquellos tiempos en el Parlamento a un senador se le insultaba diciéndole: "*Cállese, que Ud. es un hijo de carboneros*".

Para el humanismo justicialista el trabajo y el *trabajador* son el punto de partida y de llegada. Nada hay más importante.

En conclusión, después de haber recorrido de manera esquemática el desarrollo de la situación de los *trabajadores* desde la época de la esclavitud hasta el capitalismo, en cuyo transcurso tomamos conciencia de la historia de los padecimientos y de las

luchas del **trabajador**, llegamos a un momento en que, por rara fortuna, en nuestro país se concretan las más caras aspiraciones de los **trabajadores** de todos los tiempos.

Es que el Pueblo argentino, que conservaba en su seno la más pura de las virtudes de la virilidad y del trabajo, supo encontrar su Genio Conductor que lo llevó a la victoria.

Conducido por ese Genio, sacudió el yugo de la explotación de que era víctima por parte de una clase de parásitos. Esos parásitos tenían sus "intelectuales", legitimadores de todas las injusticias, que hasta llegaron a hacer una "filosofía", mezcla de Platón, Cristo y "El Capitalismo", que les servía para justificar sus privilegios. Decían: *"Cada clase tiene su puesto fijo en la sociedad, armónicamente establecida. Incluso la clase de los pobres y los desheredados, que están confiados a la caridad de los poseedores. El rico necesita del pobre, tanto como el pobre del rico. El rico necesita del pobre, tanto como el pobre del rico. El rico que nunca encuentra oportunidad de dar limosna, perjudica su alma al no hacer el sacrificio que exige la recta administración de los bienes confiados en sus manos, del mismo modo que al pobre se le ha dado su pobreza a fin de que la soporte con paciencia y humildad cristianas"*.

El Pueblo Argentino fue liberado de la filosofía de la miseria de los hipócritas, que usaban a Jesús para legalizar sus infamias.

El Pueblo argentino dejó de vivir en esa pobreza a que lo querían acostumbrar los oligarcas, para ser sólo ellos los usufructuarios de las riquezas de esta tierra y del trabajo de sus habitantes.

Hoy, gracias a Perón, y a las inmensas posibilidades que su Doctrina y su obra han abierto, cada **trabajador** en nuestro país se siente considerado y enaltecido como hombre y como ciudadano, ya que si como hombre goza de excelentes condiciones de vida material y moral, como ciudadano se siente participe de la lucha ciclópea iniciada por Perón para construir una Nueva Argentina.

Los trabajadores y el concepto de cultura.

"La cultura es determinante de la felicidad de los Pueblos, porque por cultura debe entenderse no sólo preparación moral y arma de combate para sostener la posición de cada hombre en la lucha cotidiana, sino instrumento indispensable para que la vida política se desarrolle con tolerancia, honestidad y comprensión". (Perón, en el Acto de homenaje tributado por las Universidades Argentinas, al otorgársele el título de Doctor "Honoris Causa", noviembre 14 de 1947).

La oligarquía equiparó el concepto de cultura a "suma de conocimientos". En el Peronismo, humanismo en acción, para que esa suma de conocimientos sea cultura, debe estar orientada hacia la felicidad del Pueblo. La "suma de conocimientos" que no tiene esta intención moral, no es cultura.

Rechazamos pues el concepto de la oligarquía que sirvió a sus intereses, contrarios a los del conjunto de la sociedad; si así no fuera, si por falta de visión adoptáramos el mismo concepto de ellos, seguirían operando por nuestro intermedio en el campo cultural.

En la oscura historia de nuestro reciente pasado hemos tenido muchos personajes que eran considerados, por su misma clase, como los depositarios de la cultura, porque poseían "gran suma de conocimientos". Formaban dichos personajes la clase culta, la clase de hacendados y terratenientes, o abogados de empresas extranjeras, que podían llegar al Gobierno.

Esta clase culta, que cultivaba "el arte por el arte", que hacía versos de una corrección estilística impecable, que evidenciaba una sensibilidad exquisita, daba muestras de una bestialidad sin límites cuando aparecía la más mínima reclamación de los *trabajadores*. Bastaba que un grupo de obreros o de campesinos pretendiera organizarse gremialmente, para lograr mejores condiciones de trabajo o de vida, para que esta gente tirara la careta cultural y pasara a las medidas de terror más espantosas.

Semejante "cultura", desprovista de humanidad, no puede ser la nuestra. No puede ser que nosotros, que formamos un movimiento esencialmente popular, nos manejen con la concepción elaborada por los enemigos del Pueblo, por sus explotadores. Si ellos practicaban "el arte por el arte", lo podían hacer únicamente en base al desangre de los *trabajadores*; mientras ellos hacían arte o jugaban al golf, aquellos gemían en la explotación y la ignorancia.

Estos enemigos del Pueblo no son cultos, como tampoco lo son los que desencadenan las guerras, en una etapa en que la evolución de la civilización provee de recursos para arreglar cualquier diferencia por medios pacíficos.

Para nosotros, el hombre que considera a cada semejante como un competidor o un enemigo, con egoísmo y estrechez, y que no tiene sentimientos ni pensamientos, ni, por lo tanto, acciones solidarias, no es hombre culto.

No importa que conozca de memoria el nombre de los personajes de toda la historia mundial; ni que domine muchos idiomas, ni que sea un gran violinista, o un gran poeta, etc., pues se puede haber leído mucho, cursado altos estudios, tener una gran sensibilidad y poseer el don de expresarla, y, sin embargo, no ser un hombre culto, a pesar de todas esas condiciones que tanto ayudan a la formación cultural.

Estos son elementos de la cultura, que si no están acompañados de una actitud altruista en el hombre que los posee no llegan a transformarlo en hombre culto; será un "ilustrado", pero es un inculto, puesto que no contribuye a la superación del Pueblo que es quien le posibilita su propio desarrollo.

Es un capitalista de la cultura.

Entre los incultos debemos incluir a los representantes de la *"incultura dorada"*, literatos y escritores enemigos del Pueblo: son incultos porque en el fondo de sus pensamientos, casi siempre prestados; y de sus sentimientos, nunca profundos, está ausente el concepto básico de la igualdad de los hombres ante la creación, ante la naturaleza y ante la sociedad.

Estos individuos, a pesar de sus "concienzudos" estudios, son sólo simuladores de la cultura.

Ejemplos de la verdadera cultura.

Vamos a tomar dos ejemplos, para mejor explicar nuestro concepto de *"hombre culto"*; estos ejemplos, intencionalmente, son los mismos que damos en el tema *"El Hombre y el Trabajo"*, al mostrar las múltiples capacidades de que siempre dio muestras el hombre de Pueblo:

1er. Ejemplo: tomamos un campesino pobre, que nunca ha ido a la escuela, ni ha tenido lo que se llama *"roce social"*, uno de esos hombres que cualquiera de nosotros hemos admirado por su destreza y capacidad en el trabajo. Hombres de nuestro campo, curtidos en la lucha a brazo partido con la naturaleza, que saben curar a los animales, que conocen y se desenvuelven con maestría en los diversos oficios del medio en que viven; modestos, pacientes, habilidosos y previsores; arrojados y solidarios, que pasan al primer plano en las situaciones apremiante; seres saturados de profundo amor por las cosas de la naturaleza, que ven en cada *"cristiano"* --como dicen-- un hermano con el que saben ser solidarios hasta el sacrificio. Estos hombres, capaces para sí y para los demás, no son, para nosotros, hombres incultos como los consideraba la oligarquía, campesinos brutos, sino hombres más cultos que los "ilustrados", porque sus capacidades van a favor de la felicidad de sus semejantes.

2º ejemplo: tomamos un obrero *"sin escuela"*, pero que en la difícil lucha por la vida ha logrado desenvolverse con dignidad y eficacia y que, en vez de degradarse en el desmoralizador ambiente que proyectaba la oligarquía, ha sabido, con inteligencia y carácter, salir airoso en su oficio, en la defensa de su familia y de sus compañeros. Es un hombre que se siente hermano de sus semejantes, que se siente Pueblo, de alta responsabilidad en el trabajo, en la familia y en la sociedad. Para nosotros este hombre no es un "bruto", como lo consideraba la oligarquía.

Estos dos ejemplos muestran el papel de la actitud solidaria en el planteamiento del problema de la cultura. Tal actitud determina la orientación de la misma hacia la dicha de todos, saturando de humanidad todas las obras, de ahí que pueda decir el pensador: *"por mi espíritu hablaran mis obras"*.

Sacamos así de la injusta categoría de hombres incultos a los hombres modestos del Pueblo, que dando muestras de clara intuición social, fueron los primeros en entender que Perón era el hombre del destino argentino, y lo apoyaron y sostuvieron.

La cultura tiene grados, como los tiene el saber, de modo que, de dos personas con el mismo espíritu solidario, será más culta la más instruida, porque la instrucción hace más efectiva la cultura.

No se puede decir que un campesino o un obrero capaces, en el amplio sentido que hemos señalado, sean tan cultos como un Leonardo da Vinci, que fue el hombre más sabio de su época. En los grados de cultura el más elevado es ocupado por el hombre que a la consubstanciación con el destino de la especie une la posesión del amplio dominio científico de la época.

Aclaremos --por si hiciera falta para algunos-- que no estamos en contra de los libros, ni de las bibliotecas --aunque los casilleros de casi todas las bibliotecas hagan pensar en nichos de cultura muerta--.

Rendimos culto al libro, como símbolo de la lucha milenaria del conocimiento contra la ignorancia, amamos en el libro el gran vehículo difusor del conocimiento. Es claro que los libros, como todas las cosas, son buenos o malos, según al servicio de quién estén.

Nosotros amamos a los libros que hablan bien del Pueblo, porque fueron escritos por hombres sinceros, que vieron en el Pueblo la fuente de toda la grandeza social; amamos a los libros, a las escuelas, a los institutos, a las facultades; los amamos hoy, en esta era peronista en que empiezan a ser del Pueblo, como los amamos ayer, cuando a su seno no podían entrar sino los hijos de los acaudalados; los amamos con todas las fuerzas de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento, porque es allí donde está presente como en un santuario el cúmulo de las principales conquistas de la inteligencia y del sentimiento de miles, de millones de hombres, que a través de las edades nos envían su mensaje.

La verdadera cultura.

Nosotros defendemos la verdadera cultura, la cultura de base popular, y consideramos que no seremos cultos si no ampliamos y consolidamos nuestros sentimientos de solidaridad humana, de heroísmo justicialista y de combatividad por los altos postulados del Peronismo, doctrina de redención del hombre en Argentina, en América y en el mundo.

Debemos ir a las ciencias, al arte, a la literatura, y a todas las manifestaciones culturales, provistos de ese sentimiento rector del verdadero progreso humano: el sentimiento de solidaridad social.

Para nosotros, en este terreno, también es guía EVA PERÓN, que volcó sus sentimientos en la solidaridad hacia los más necesitados, los oprimidos y hambreados por el capitalismo y los humillados por la oligarquía gobernante.

Persona culta fue Eva Perón que en su entrega a la lucha por la justicia, se fue dando hasta el extremo trágico y glorioso de todos conocido.

En este terreno. Perón es guía, ya que ha consagrado todos los minutos de su vida a la liberación integral del Pueblo y del país.

Para nosotros en fin, hombre culto es aquel que en el más elevado o modesto escalón de la jerarquía social, hace lo más que puede en bien del prójimo, a quien considera su hermano y compañero de ruta. Arrieros somos y por el camino vamos... Lo importante no es sólo ser buen arriero, sino ser también buen compañero entre los arrieros.

Los trabajadores y la tercera posición.

*"Frente a un mundo absolutamente dividido en dos fracciones diametralmente opuestas de individualismo y colectivismo, nosotros realizamos en nuestro país --y proponemos a la humanidad-- la Doctrina del equilibrio y la armonía del individuo y la colectividad por la justicia social que dignifica el trabajo, que humaniza el capital, que eleva la cultura social, que suprime la explotación del hombre por el hombre, que produce la realidad positiva de los derechos del **trabajador**, del anciano, del niño y de la familia, de tal manera que el "nosotros" de la sociedad se realiza y perfecciona por el "yo" individual dignificado como persona humana". (Perón, en el mensaje al H. Congreso, mayo 1º de 1950).*

La Tercera Posición abre así un camino de esperanza a los Pueblos.

Eludiendo la alternativa absurda y falsa de los dos sistemas de explotación señalados, se elude también el partido de la guerra, que es lo que se toma al decidirse por uno u otro sistema.

Afirmando cada Pueblo su individualidad, sus derechos inalienables, su plena soberanía, se llegará al mutuo respeto entre las naciones.

Por último, dando a cada uno lo suyo en el orden social, se evitará la explotación de los pueblos por grupos privilegiados, se hará justicia a los **trabajadores** y cada nación trabajará en paz por su propia felicidad y todas las naciones hermanadas, por una humanidad mejor.

El Justicialismo ha realizado en el país la justicia social y ha de continuar proponiendo a las naciones, con su generosa política internacional, el mejor programa para la armonía entre los Pueblos.

LOS TRABAJADORES EN DOCTRINA PERONISTA.

CONDICIONES PARA LA ORGANIZACION ECONOMICA DEL PUEBLO

8) El Pueblo está económicamente organizado cuando sus asociaciones representan a los **trabajadores**, productores, industriales, comerciantes y consumidores, en relación con el ejercicio de sus funciones económicas (Doctrina Peronista, Doctrina económica de la Nación).

EL TRABAJO, SUPREMA DIGNIDAD DEL HOMBRE

3) El trabajo es la suprema dignidad del hombre. En la Comunidad argentina no existe más que una sola clase de hombres: la de los que trabajan. (Doctrina Peronista, Doctrina social de la Nación).

LOS DERECHOS DEL **TRabajADOR**

4) El Gobierno, el Estado y las organizaciones del Pueblo deben promover el ejercicio y desarrollo de los Derechos del **Trabajador** establecidos por la Constitución Nacional. (Doctrina Peronista, Doctrina social de la Nación).

COOPERACION DEL CAPITAL Y EL TRABAJO

5) Los objetivos de la Comunidad Organizada sólo pueden ser alcanzados mediante la leal cooperación económica y social entre el capital y el trabajo. (Doctrina Peronista, Doctrina social de la Nación).